

nia, continuamente renovados por el espectáculo sañudo que ofrecía la guerra, y por la amenaza del exterminio y de nuevas persecuciones pendiente sobre todas las cabezas, ya triunfase Carlos, ya triunfase Isabel; la necesidad absoluta de vencer ó morir, de ser libres ó de perecer, dada la actitud del partido carlista, sus antecedentes, su historia y sus aspiraciones ultrareaccionarias; la exaltacion creciente de los ánimos ante las miserias de la patria, y ante los triunfos de los facciosos, que los celebraban incendiando pueblos, degollando á sus defensores, azotando villanamente y encarcelando á las mujeres de los liberales; los instintos de ferocidad desarrollados y pidiendo venganza; tantos combustibles hacinados en veinte meses, y sobre ellos un gobierno refractario á la idea de reformas, sordo á los clamores de la opinion, y torpemente obcecado en desconocer las necesidades de su época, debian producir en el momento menos pensado una inmensa conflagracion, capaz de poner en peligro la existencia de la sociedad.

Bastaba para ello una sola chispa, una excitacion malévola, un accidente cualquiera. El conflicto, ya repetidas veces indicado por explosiones pasajeras, no tardó en presentarse acompañado de escenas repugnantes y crímenes horrendos, siempre odiosos y detestables. Pero, por mucho que merezcan tales actos la más explícita reprobacion de todos los pechos honrados, la Historia, al condenarlos con la más severa indignacion, no cumple su objeto deteniéndose solo en vanas lamentaciones. En el orden natural de las cosas, no podia menos de suceder lo que sucedió; y todavía es necesario reconocer que el desbordamiento de las pasiones no fué tan lejos como hubiera ido en cualquier otro pueblo que se hallara en idénticas circunstancias: ninguno habria hecho menos extragos que hizo el español, ni dado pruebas de una circunspeccion tan grande, conteniéndose á sí mismo y poniendo límites á su furor en medio de su desenfreno.

Las instituciones monásticas eran el blanco de la animadversion general: útiles en algun tiempo, como poderosos instrumentos de civilizacion y progreso, habian degenerado posteriormente hasta el punto de ser la mayor rémora para todo adelanto, y un peligro perenne para la sociedad. Ningun servicio prestaban ya á la religion ni á las ciencias; mucho influian en la decadencia de la moral pública y en la relajacion de las costumbres¹; y la preponderancia excesiva que habian adquirido

¹ El autor de estas líneas alcanzó á conocer en su niñez algunos religiosos sabios y modelos de todas las virtudes, y en aquel tiempo sentia una vocacion decidida por el claustro. Un dia presencié en Granada cómo los novicios de cierto convento perseguian á las criadas de servicio que iban á la compra, abrazándolas en medio de la calle. Sublevada su conciencia por

en España, desde muy antiguo fué considerada como una de las causas más influyentes en la holgazanería, en el embrutecimiento y la miseria del pueblo español. Los conventos de frailes, puede bien decirse que habian hecho los pobres para luego socorrerles con la sopa. Ya las antiguas Córtes habian clamado contra su desenfrenada codicia; ya Isabel la Católica tuvo que poner coto á la sensualidad, á los vicios y desórdenes que engendraba la vida ociosa y regalona del claustro: ya más tarde Cárlos III habia intentado una reforma de las órdenes religiosas, que de larga fecha reclamaban de consuno poderosas razones políticas, económicas y sociales. En 1835, no bastaba ya reformarlas: debian desaparecer.

Era demasiado pública y notoria la participacion que habian tomado los frailes, si no todos, muchos de ellos, en nuestras discordias interiores. Nadie podia ignorar que, desde 1813 se habian hecho cómplices é instigadores de todas las reacciones, dando carácter religioso á la persecucion de los liberales en 1814; á la resistencia contra la Constitucion en 1820; á la sangrienta restauracion absolutista de 1823. En esta época y despues habianse visto clérigos y frailes capitaneando turbas feroces en el campo; amotinando á la plebe contra las clases acomodadas; fanatizando al pueblo y excitándole al robo, al asesinato y al exterminio, con sermones, propagandas, falsos milagros, anatemas, y cuantos medios podia sugerir el abuso del sagrado ministerio sacerdotal.

En los conventos y monasterios se habian fraguado las conspiraciones apostólicas y carlistas; de ellos habia salido armada la guerra civil; en ellos encontraba la faccion apoyo, simpatías, refugio, armas y dinero. ¿Cómo era posible conciliar su existencia con la paz de la sociedad que los mantenía, y á la cual combatian con sus propios recursos? ¿Ni cómo impedir que el furor popular se desbordase contra ellos.

Reconozcamos, sin embargo, que no todos los conventos eran focos de rebelion, ni todos los frailes facciosos; pero desde el momento en que la voz pública, incapaz de distinguir los inocentes de los culpables, se levantó indignada contra la clase entera; desde el momento en que, perdido el prestigio y el respeto, se vió á las muchedumbres airadas invadir los claustros más de una y dos veces, y asesinar á

este escándalo, y por otros actos más reservados que pudo observar, perdió completamente la fé en los frailes á la edad de 12 años.

No cabe negar que habia frailes virtuosos y buenos; pero la institucion (que no fué puesta ni aconsejada por Jesucristo) estaba muy pervertida y desprestigiada en España, sobre todo desde principios de este siglo.

los religiosos indefensos, no ya solo el interés político y la conveniencia general, sino la más vulgar prevision y los deberes de humanidad exigian que el Gobierno se apresurase á suprimir los conventos, protegiendo á sus moradores contra los efectos de un rencor sobradamente fundado, por desgracia, y privándoles al mismo tiempo de los medios de hacer daño á la sociedad.

No se hizo esto, á pesar de haberlo pedido el Estamento de procuradores muchos meses antes: esa y otras peticiones justas y necesarias se hallaban desatendidas. El Gobierno creyó hacer bastante suprimiendo, en 4 de Julio, perpétuamente la Compañía de Jesús en todo el territorio de la monarquía: la revolucion, muy de antemano preparada, se cansó de esperar, y saltó por encima de las débiles barreras que la contenian.

III.

El dia 4 de Julio, á media noche, un oficial subalterno, de guarnicion en Zaragoza, reunió una compañía del regimiento del Infante, y dirigiéndose al centro de la ciudad, se declaró en insurreccion. La presencia del comandante del cuerpo bastó para sofocar inmediatamente aquel movimiento; pero, á la mañana siguiente, apenas se supo que el oficial estaba preso, comenzaron á formarse grupos de milicianos y paisanos, que recorriendo la poblacion y engrosando por momentos, daban vivas á la Constitucion. A estos gritos siguieron otros menos inofensivos, y aquella muchedumbre desordenada, sin jefes que la dirigiesen, corrió á los conventos, incendió dos de ellos, buscando con furor á los religiosos para matarlos, y asesinando algunos. Durante doce ó trece horas, ni los esfuerzos de la autoridad, ni la presencia de la fuerza armada pudieron reprimir estos desórdenes, que la mayoría de la Milicia y de la poblacion contemplaba con indiferencia.

En la mañana del 6, algunos grupos de gente desalmada se entregaron al pillaje en los conventos acometidos y en casas particulares. Inmediatamente se pronuncia contra ellos la mayor y más sana parte de la Milicia urbana y del paisanaje; corren á las armas, persiguen á los ladrones, los apresan y entregan á la autoridad, pidiendo á voces su castigo. Al dia siguiente, dos de los más culpables fueron agarrotados, y el orden quedó restablecido.

Digna de atención es la conducta observada por el verdadero pueblo zaragozano en los dos días: ella debió demostrar al Gobierno dónde estaba el peligro, y dónde la salvaguardia del orden y de la tranquilidad pública.

Pero el Gobierno veía un demagogo y un enemigo del trono en cada liberal: hasta creía que muchos de ellos estaban en connivencia con algunos fingidos partidarios de D. Carlos y otros conspiradores extranjeros para producir un cataclismo y destruir la monarquía en todos los países de Europa¹. En consecuencia, trató de conjurar la tormenta, mandando expurgar las filas de la Milicia de los miembros sospechosos; prescribiendo á los capitanes generales la creación de *comisiones militares* para juzgar á los que *intentasen* turbar el orden; imponiendo penas á los afiliados en las sociedades secretas, etc.; y más tarde, sobrado tarde, ordenó la supresión de los conventos y monasterios de religiosos que no tuviesen doce individuos profesos, y los que estuviesen cerrados por efecto de las circunstancias. Esta última disposición lleva la fecha del 25 de Julio.

Entre tanto, había volado por toda España la noticia de las ocurrencias de Zaragoza, y la fermentación revolucionaria iba creciendo á medida que se conocían las intenciones del Gobierno, más inclinado á reprimir y castigar, que á precaver los desórdenes con providencias capaces de calmar la ansiedad y la irritación de los ánimos.

Más que en otras partes, era inminente la explosión en Cataluña, donde había grandes elementos preparados para la lucha, y un encono profundo en las heridas abiertas por la férrea mano del despotismo. Comparábase á Llauder con el Conde de España, de funesta memoria, y se le atribuían siniestros propósitos. Rugía sordamente la tempestad; rebosaba la cólera en los pechos, cuando vino á provocarla un acto de crueldad cometido por un fraile, ó al menos, atribuido á sus instigaciones.

Regresando de Arnés ó de Gandesa un destacamento de urbanos de Reus, el 22

¹ En varios documentos se hallan consignadas estas creencias del Gobierno, que no hablan muy alto en favor de su perspicacia. Existía ya, ciertamente, entre nosotros un exiguo grupo de revolucionarios á la francesa, gritadores, *convulsionarios*, de esos que no sirven ni servirán jamás para otra cosa que para trastornar las cabezas del populacho más ignorante, desquiciar la sociedad, ó imponer la dictadura de la guillotina ó la del sable; hijos de los terroristas del 93, padres de los socialistas de 1848 y de los comuneros de Paris. Existía esa mala levadura; pero la masa del partido liberal no iba por tal camino; idolatraba á Isabel II, y solo pedía las reformas y garantías políticas que eran debidas á la nación.—También existían carlistas disfrazados de liberales y de demagogos, y algunos malvados extranjeros, que atizaban la tea de la discordia para introducir la anarquía en el país; pero que solo encontraban arrimo en los *convulsionarios*. La conspiración contra la monarquía y contra la nación, donde estaba realmente era en el Ministerio y más arriba; en la corte y en el campo de D. Carlos y entre todos sus partidarios, que la desacreditaban con sus pretensiones y con sus actos.

de Julio, fué sorprendido y derrotado por una partida carlista, en la cual iba un fraile que habia pertenecido al convento de franciscanos de la misma villa. Obedeciendo sus órdenes, segun se dijo, los facciosos asesinaron bárbaramente al capitán Monserrat y á seis urbanos, uno de ellos padre de ocho hijos, á quien crucificaron y sacaron los ojos. Este horrible detalle pudo no ser verdad ; pero se le dió crédito, y consta en todos los impresos de la época, sin que nadie, que sepamos, se haya cuidado de desmentirlo.

Apenas llegaron á Reus los restos del destacamento, y cundieron por la poblacion las noticias de lo que habia pasado, la multitud llenó las calles rugiendo de ira y gritando venganza ; y en lugar de salir en persecucion de los asesinos, corrió frenética y sedienta de sangre al convento de San Francisco, le puso cerco, y le prendió fuego por sus cuatro costados, no separándose de allí hasta que el edificio estuvo reducido á pavesas. Otro convento fué igualmente incendiado, pereciendo en las llamas ó á impulsos del hierro homicida cuantos religiosos cayeron en manos de las turbas desenfrenadas.

Cuando Llauder, que estaba en Esparraguerra, tomando las aguas de la Puda, tuvo noticia de estos terribles acontecimientos, autorizó á Colubí, comandante general de Tarragona para obrar con toda la energía posible á fin de reprimir y castigar aquellos desórdenes. Al presentarse Colubí ante las puertas de Reus, las encontró cerradas ; y habiendo anunciado que venia á restablecer el orden, le contestaron los reusenses : — “Puede V. volverse ; que el orden ya está restablecido.”

Pronto se supo en Barcelona lo que acababa de pasar en Reus, corriendo además la voz de que en alguno de sus conventos se habian encontrado armas y otros pertrechos militares para los carlistas. Los religiosos de Barcelona, justamente alarmados, habian acudido á Llauder pidiéndole proteccion, y manifestándole sus deseos de abandonar secretamente los conventos ; pero el general no quiso consentirlo, y es fama que les contestó : — “Duerman tranquilos, buenos padres ; que aquí estoy yo.”

Inexplicable de todo punto es la conducta observada por Llauder en esta ocasion ; porque ningun motivo podia justificar su ciega confianza : mejor que nadie sabia él que el distrito de su mando estaba sobre un volcan, y que la enormidad del peligro solo era comparable á su propia impotencia para conjurarlo. Durmieron los padres confiados en la seguridad que les prometiera el general, y amaneció el 25 de Julio: dia terrible, que no olvidarán nunca los barceloneses.

Habíanse dado varias corridas de toros en Barcelona durante aquel verano, y en celebridad de los dias de la reina Cristina, se anunció la séptima para la tarde del 25. La plaza estaba cuajada de gente, atraída por la fama de las funciones anteriores, que habian llamado la atención del público; pero dió la casualidad de que los toros lidiados aquella tarde fuesen malos, y al terminar la corrida, el descontento que hasta entonces no habia cesado de manifestarse, adquirió proporciones imponentes. Dábanse gritos desaforados, y en medio del barullo y de la confusión, comenzaron los espectadores á tirar los abanicos á la plaza, y tras de los abanicos, los asientos, los bancos, las barandillas y las columnas de los palcos. Pronto la multitud invadió el circo, acabó á palos con el último toro, y álguien tuvo la idea de que debía ser arrastrado para escarnio por las calles de Barcelona. Celebróse la ocurrencia, y cortando un pedazo de cuerda de la contrabarrera, la ataron al cuello de la res, que á poco era arrastrada y seguida por una turba numerosa con alboroto y algazara.

Serian las siete y media cuando aquella muchedumbre comenzó á invadir la Rambla, infundiendo alarma entre la gente tranquila que por ella se paseaba; pues ya entonces habian sido arrojadas algunas piedras á las ventanas del convento de Agustinos descalzos, y á la confusa gritería de las turbas, estacionadas delante del de San Francisco, se mezclaban las voces fatídicas de *¡Mueran los frailes!* Hubo además un amago de incendio, prendiéndose fuego á las puertas de este convento, *para asar el toro*, segun vociferaban los alborotadores; pero bastó la intervencion de los vecinos para alejar de allí la turba y apagar las llamas.

Entrada ya la noche, nuevos grupos, que iban engrosando por momentos, se formaron en la plaza del Teatro y en otros parages de la Rambla: en vano el piquete del Teatro y alguna caballería destacada de Atarazanas intentaron dispersarlos: se retiraban de un punto, y aparecian en otro; y los que se internaban por las calles, corrian como torrente desbordado, creciendo en número, dando gritos feroces, y distinguiéndose entre aquellas turbas algunas mujeres que, á la manera de vengativas furias, airado el rostro, suelta al aire la sucia cabellera y armado el brazo de la incendiaria tea, incitaban con sus ahullidos y ademanes la rabia de los hombres.

Ausentes de Barcelona el capitán general y el gobernador de la plaza, solo el teniente de rey D. Joaquin Ayerbe, con las escasas fuerzas de que disponia, iba de unas á otras partes procurando contener el tumulto. Inútiles afanes: ni era posible acudir á todos los puntos amenazados, ni el empleo de las armas habria servido más que para dar incremento á la cólera popular.

¡Fuego á los conventos! ¡Mueran los frailes! eran los gritos que por do quiera resonaban; y las llamas invadieron el convento de Carmelitas descalzos, llamado de San José ¹, que en breve espacio ardió, presentando el aspecto de una hoguera inextinguible. Corrieron en seguida las turbas á la inmediata calle del Cármen, y deteniéndose ante las puertas del convento de Carmelitas calzados ², pegaron fuego á la iglesia, mientras en otro extremo de la ciudad se levantaba una columna de humo sobre el magnífico edificio de Santa Catalina, que tambien era presa del voraz incendio ³.

Poco después ardian los conventos de Trinitarios descalzos ⁴, y el de Agustinos calzados ⁵; y al mismo tiempo que las turbas celebraran con ruidosos clamores y carcajadas su bárbaro triunfo, los infelices religiosos huían despavoridos en todas direcciones buscando un asilo contra el fuego y el hierro, se escapaban algunos por las cloacas, y otros permanecían escondidos en los sótanos implorando la misericordia del cielo.

Noche horrible fué aquella, en que la saña popular convirtió en mártires á muchos que de nada eran culpables. Pero cosa digna de notarse: ni los rugidos de las turbas enfurecidas, ni el espectáculo de cinco edificios ardiendo, ni la amenaza del exterminio suspendida sobre la cabeza de todos los religiosos, ni el plañidero toque de las campanas pidiendo socorro bastaban á conmover los ánimos de la mayoría de la población, que presenciaba estas escenas sin otro sentimiento que el de la caridad y conmiseración hacia los fugitivos, á quienes acogían los vecinos en sus casas ó arrebatában de las manos de sus perseguidores. La mediación del vecindario impidió el incendio de varios conventos por el peligro de que el fuego se propagase á otros edificios contiguos, ó por temor á la proximidad de alguno al parque de artillería.

El convento del Seminario, situado junto á las murallas, fué atacado por un grupo de pocas personas; pero los frailes se defendieron haciendo fuego desde las ventanas, hiriendo algunos de los agresores y ahuyentando á los demás ⁶.

¹ Se hallaba situado en la Rambla donde ahora existe el mercado de su nombre.

² En este convento se estableció después la Universidad literaria.

³ En el solar de este convento se construyó una plaza mercado.

⁴ Estaba en la Rambla, donde ahora existe el teatro del Liceo.

⁵ A la entrada de la calle de San Pablo. Destinado á fábrica y fundición de hierro, ha sido demolido últimamente, levantando casas en su terreno.

⁶ Este convento fué destinado después á cárceles nacionales.

Los capuchinos de Santa Madrona, cuyo convento estaba en la montaña de Monjuich, al saber lo que sucedía en la ciudad, derribaron las escaleras, y haciéndose fuertes en lo alto del edificio, se aprestaron á defenderse á todo trance.

No deja de ser significativo que en estos dos conventos, notables por su respectiva situacion topográfica, hubiese armas.

A la madrugada fué cesando el tumulto, de igual modo que se extinguían por sí mismas las llamas entre los escombros humeantes. Casi todo lo que no devoró el incendio se encontró intacto en las iglesias y en las celdas de los conventos acometidos. Ni se atentó lo más mínimo contra las monjas, ni se insultó á los clérigos, ni se cometió ningun robo, á pesar de que muchas casas particulares permanecieron abiertas durante la noche. Solo diez y nueve ó veinte religiosos, segun cálculo prudencial, perecieron en el fuego, ó bajo los golpes de los asesinos: los demás, en gran número, fueron recogidos por la mañana en las casas ó en sus conventos; y escoltados por la tropa y milicianos, que los defendían de los insultos del populacho, se les condujo á los fuertes ¹.

IV.

Las autoridades que nada habían hecho para evitar, ni menos para reprimir ó atenuar siquiera los terribles desórdenes de la noche de Santiago, el comandante general de las armas y el gobernador civil, de acuerdo seguramente con Llauder, publicaron el dia 27 una proclama, en la cual decían:

“Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplacion ni miramiento de clases ni

¹ Segun Pi y Molist, en su continuacion de *Barcelona antigua y moderna*, con referencia á un manuscrito, los religiosos muertos fueron unos 73, ignorándose los que perecieron en las llamas. Hay sin duda exageracion en este número, que por otra parte no era difícil de averiguar con exactitud. Segun el mismo autor, el 26 de Julio fueron conducidos á Monjuich 282 frailes, y á la Ciudadela, 80 ó 90 de varias religiones, habiendo quedado en Atarazanas los priores y procuradores de las órdenes respectivas: en la noche del 26 al 27, se recogieron otros 70 en las casas particulares, donde se habían refugiado.

Los frailes del convento de San Francisco de Asís, se escaparon por una cloaca saliendo al mar; y trepando por las rocas que hay al pié de la muralla, se refugiaron en Atarazanas.

Era excesivo el número de conventos que había en Barcelona, para una poblacion ahogada por las murallas, que reducian á estrechos límites su recinto. Solo en la Rambla se contaban 6 conventos de frailes, á saber; Agustinos descalzos; San Angel Mártir, de carmelitas calzados; Mercenarios, donde ahora está la fonda de Oriente; Capuchinos, que comprendía un extenso perímetro, entre la Rambla, calles de Fernando VII y Escudillers; San José, de Carmelitas descalzos, y el colegio de Jesuitas.

personas se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites. Tal es la voz de la ley, *tal el empeño de la autoridad superior del Principado*, que lleno de saludable prevision y decidido anhelo por la felicidad de esta importante cuanto recomendable capital, anticipó ya sus órdenes y dictó medidas de visible prudencia para el caso del desgraciado acontecimiento..... Barceloneses todos, unios á vuestras autoridades para ahogar en su seno la furia liberticida. Pública os es su lealtad y patriotismo; nada debe retraeros cuando la Patria, el honor, una reina inocente, unas leyes venerandas os buscan por templado broquel donde se estrellen las maquinaciones de nuestros enemigos comunes. Si contra nuestras esperanzas desoís el sincero aviso de fieles consejeros; si por apatía, ó vergonzoso temor, acallais generosos sentimientos, entonces vuestras vidas, vuestros intereses se comprometen; mas no hará vacilar vuestra desercion de las filas del virtuoso ciudadano la conducta que las autoridades se han propuesto sostener á todo trance. Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo, que fallará la comision militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de excepcion, es justo advertiros que incurrireis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infraccion, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía expiacion del crimen.,

Nada es tan peligroso como las bravatas en boca de la autoridad; nada tan provocativo como las amenazas dirigidas á un pueblo entero, á quien se trata de sojuzgar y oprimir en castigo de culpas que la generalidad rechaza, y cuando ese pueblo ha tomado la resolucion de repeler la fuerza con la fuerza. Barcelona entera no era culpable de las atrocidades cometidas en la noche del 25, y en el fondo de su conciencia echaba toda la responsabilidad sobre el que no supo ni quiso evitarlas. ¿Cómo habia de resignarse á sufrir el yugo del despotismo que se le anunciaba, y para lo cual se pedia su cooperacion?

El mismo dia que se publicó la proclama, cuyos párrafos hemos transcrito, entró Llauder en Barcelona con 260 hombres; y la noticia de su llegada produjo una alarma y consternacion general. Corrió por todas partes la voz de que venia dispuesto á llevar á cabo las medidas de rigor anunciadas, y que al efecto habia mandado concentrar en la capital las fuerzas de la Montaña. Los gritos de *¡Muera Llauder!* *¡Muera el tirano!* resonaron aquel dia en muchos puntos de la poblacion.

Llauder, entre tanto, reunia en Palacio los jefes de la guarnicion y de la Milicia, y adoptaba algunas disposiciones para reprimir cualquier tumulto, y para que se facilitase la evacuacion de los conventos de la provincia, solicitada por los religiosos, cuando ya las llamas devoraban el monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, el convento de Recoletos de Riudoms y otros, y de Mataró le pedian auxilio para contener iguales desórdenes.

Pasó Llauder la noche en la Ciudadela, y al amanecer del 28 marchó á Mataró, dando orden para desalojar el palacio, del cual se sacó todo su equipaje; pero antes de partir de Barcelona, á la que no debia volver, dejó escrita una alocucion, que, lejos de tranquilizar los animos, fué un nuevo motivo de alarma; pues decia: “que, confiaba al ejército, á la milicia, á las autoridades y al vecindario la conservacion del orden; que los bandos y órdenes de la autoridad serian ejecutados instantanea é irremisiblemente; que marchaba con esta confianza, dejando reforzada la guarnicion, lo cual era ya un mal, porque disminuia sus recursos, y que seria todavía más sensible distraer las tropas del campo, donde defendian con gloria el trono y la libertad, para venir á reprimir y castigar á un puñado de asesinos, que seria mengua prolongase sus crímenes.”

La impresion que estas palabras produjeron se halla expresada en términos concretos por un testigo præsencial de aquellos sucesos. “¿Qué podia prometerse Barcelona con tan funestos augurios? Los cadalsos de la fatal época del Conde, las húmedas mazmorras, los pesados grillos, la deportacion y el atroz despotismo ¹.”

Por dimision de Saquetti, comandante general de las armas, se encargó del mando de la plaza el dia 29 de Julio D. Pedro María Pastors, el cual, después de haber reunido á las demás autoridades y á los prohombres de los gremios, que se mostraron indignados de los excesos cometidos, por indicacion de la Junta de comercio y de acuerdo con esta, hizo nombrar una junta permanente de tres de sus individuos, tres prohombres y tres concejales, para que velase constantemente por la tranquilidad pública. La primera providencia de esta junta fué pedir á Pastors 2000 fusiles para armar otros tantos individuos á fin de auxiliar á la autoridad: pero solo pudieron armarse 300 hombres, y otros ciento cincuenta de los matriculados de mar.

Adoptó Pastors otras providencias, en tanto que Llauder, vencedor de los sediciosos de Mataró, y habiéndolos disuelto en Granollers, daba instrucciones al gene-

¹ Las Bullangas de Barcelona.

ral D. Pedro Nolasco Bassa para que, reemplazándole en el mando, pasase á Barcelona con una division de tropas escogidas , á fin de imponer y castigar á los perturbadores del órden. Apenas se supo esto en Barcelona, creció la agitacion de los ánimos; por lo cual previno Pastors á Bassa que se situase con su division en el Bruch, y le remitiese toda la caballeria posible.

Antes de esto, la autoridad militar habia anunciado por medio de un bando, que á cualquier hora y por cualquier motivo que se perturbase la tranquilidad, un cañonazo disparado en Atarazanas y otro en la Ciudadela seria la señal de alarma, y que repetida un cuarto de hora después, todo individuo que se encontrase en la calle seria tratado como revoltoso.

V.

Una atmósfera de fuego pesaba sobre Barcelona, donde reinaba esa aparente calma que precede á las grandes tempestades. El movimiento iniciado con la quema de los conventos no era un accidente fortuito, como las causas inmediatas que lo precipitaron: era la consecuencia de veinte meses de guerra, y de veinte años de esperanzas defraudadas. A los preparativos de resistencia que hacian las autoridades de Cataluña, y á las voces alarmantes que se propalaban, contestó la revolucion con una hoja, que se repartió profusamente el 2 de Agosto en el teatro, y en las calles y plazas.,

Este papel, notable por más de un concepto, y que generalmente fué muy bien acogido, se titulaba: *¿Qué quiere el pueblo?* Decia en sustancia: "Que el pueblo tenia dos proyectos muy meditados: el de la noche del 25 se limitaba á dar una séria leccion al Gobierno de que no se debe abusar de la sensatez y probidad de una nacion: que se convierte la moderacion en desconfianza, y últimamente en desesperacion, siempre y cuando se ve que un gobierno habla mucho, y nada hace; promete, y jamás cumple, y que toda su política consiste en mantener al pueblo en cierto equilibrio entre el temor y la desconfianza, sin darle ninguna garantía, sin proporcionarle la decantada seguridad personal, y sin libertarle de tiranos provinciales que le oprimen: demostrar que el pueblo sabe hacer, y hace en pocas horas, lo que el Gobierno no ha querido hacer en muchos años por medio de leyes sabias y

conformes á las circunstancias del siglo : que en la ejecucion del proyecto no se traspasaron sus demarcados límites, y que á los gritos de libertad, el pueblo, lejos de codiciar lo ajeno, solo queria librar lo suyo propio de las clandestinas rapiñas de aquellas clases, que sin prestar favor alguno á la sociedad, quieren usurariamente ser recompensadas; que por todas partes respira en ellas grandeza, lo que debiera ser pobreza, y que lo tienen todo, cuando confiesan no tener nada.... El segundo punto (continuaba) era meramente personal : que el pueblo queria dar la leccion de que Cataluña no debe ser patrimonio de tiranos, y arredrar con un condigno castigo al tercero que tal vez bajo diferentes bases tratase de seguir la táctica de los primeros...„

Rechazaba el impreso con indignacion la especie vertida por el periódico *El Vapor*, que se suponía redactado bajo la inspiracion de Llauder, de que se tratase de incendiar las fábricas; á propósito de lo cual decia : “*Jamás al fiero bruto ha despedazado la teta que le da vida, ni el errante salvaje el bosque que le mantiene*: Barcelona no será menos agradecida que aquellos, ni nunca la industriosa capital llegará á desconocer sus verdaderos intereses ¹: se trata de la destruccion del periódico llamado *El Vapor*, cuyo nombre medio articulado, oído por la autoridad, la ha inducido á echar mano de la igualdad del nombre para desconcepar á los reformistas...„

“El pueblo quiere (proseguía) y obtendrá, cualesquiera que sean los grados de resistencia, la libertad civil, cuya piedra angular sea una legislacion sabia, justa y benéfica, que asegurando los derechos de los ciudadanos, mande respetar su estado, y limite las prerogativas del poder; y que sentado el principio de que el hombre libre no es patrimonio de nadie, haga reconocer el otro de que *el Rey es para la Nacion, y no la Nacion para el Rey*... El pueblo no debe ni puede tolerar que se le diga que se ha instituido un gobierno civil para dirigirle, y que en el hecho solo vea los caprichos de un déspota... El pueblo no quiere que, cuando se le dice que estamos en el precioso siglo de la regeneracion, *suceda lo que siempre, de ser primero el castigo que la averiguacion del supuesto crimen*, y que la informacion de la ley que lo califique...„

“Ciudadanos y urbanos, ¡ *Viva la libertad!* ¡ *Muera el traidor!* (concluía diciendo el impreso). Acordaos de vuestros juramentos, y perseverad en los mismos. ¡ Valientes del ejército! recibid el sincero entusiasmo de un pueblo que os aprecia por

¹ Sin embargo, no faltaron entonces, ni han faltado despues fieros brutos, que despedacen la teta que les da vida.